

XXIII

LA ESTRATAGEMA

Después que Eduardo recibió las noticias, el mismo día señalado para la batalla, y en el mismo en que no tuvo lugar, sus asuntos se habían empeorado en Escocia, una última intriga, mas atrevida y no menos feliz para los enemigos que las otras, precisó á Eduardo á dirigir sus primeras miradas hácia aquel lado, como que era en el que el peligro estaba mas presente.

Ya hemos dicho que una de las plazas fuertes que Balliol, ó mejor dicho, Eduardo habia conservado en Escocia, era el castillo de Edimburgo, que era una fortaleza imposible de tomar por ningun lado; mas Guillermo Douglas probó nuevamente el modo de tomarla, y habiendo encontrado al conde Patrick, á sir Alejandro Ramsay y á Simon Frazer, antiguos maestros de la caballería del jóven rey, les participó su proyecto, ofreciéndoles cumplirlo él solo, ó repartir con ellos el peligro y el honor. Mas era una em-

presa arrojada y por este motivo debia agradar á semejantes hombres: así es que adoptaron unánimes el plan que les expuso Douglas, y en el instante se ocuparon en ponerlo en ejecucion.

Su primer cuidado fué el de hacerse de doscientos escoceses de los mas valientes y mas decididos, á los que dijeron el sitio de la cita para que fuesen en pequeños grupos, á fin de no excitar las sospechas: el lugar era la playa del condado de Fife: ellos vinieron á la noche con un barco cargado de sacos de harina, de trigo y de paja, los tomaron de diez en diez con la ayuda de una chalupa; después cuando todos estuvieron á bordo, como el viento era malo, navegaron al remo tanto y tan bien, que al amanecer se hallaron á tres leguas de Edimburgo: allí se separaron en dos divisiones, y no quedándose después mas que con doce hombres de los más determinados, Guillermo Douglas, Simon Frazer y sir Alejandro Ramsay, á los otros los enviaron á que se emboscaran por un camino opuesto al que ellos debian seguir, en una antigua abadía desierta, situada al pié de la montaña y bastante próxima al castillo, para que fácilmente pudiesen oír la señal convenida y estar prontos para ir en ayuda de sus compañeros; después, habiéndose vestido como mercaderes pobres con ropas muy rotas y tan viejas que no se podia adivinar del color que eran, cargaron doce caballos de sacos de harina, trigo y paja, y llevando cubiertas sus armaduras con capas muy remendadas, al amanecer se pusieron en marcha en direccion al castillo por sitio quebrado al pié de las rocas, las cuales eran tan escarpadas, que si los caballos no hubiesen sido escogidos, como los hombres, de entre los mas esforzados, hubiera sido

imposible que estos se pudiesen mantener en pié derecho por un carril tan empinado.

Después de mil trabajos, llegaron á la mitad de la cuesta.

Así que llegaron allí, Guillermo Douglas y Simon Frazer se desviaron de la caravana, que quedó bajo las órdenes de sir Alejandro Ramsay; continuaron su camino, pero tan aceleradamente, que no tardaron en llegar hasta el rastrillo del fuerte.

Allí, como ya el centinela les impidió el paso, pidieron licencia para hablar con el conserje, el cual, habiendo sido avisado, llegó al instante: entonces ellos les dijeron que eran mercaderes, y que habiendo sabido que la guarnición estaba en peligro de que le faltasen los víveres y forrajes, se habían, por mandado de Balliol, y para ganar al mismo tiempo su vida, arrojado á atravesar las filas de las compañías de los corsarios escoceses, y habían al fin llegado con doce caballos cargados de harina, trigo y paja, lo que habían dispuesto vender á precios muy arreglados.

Al mismo tiempo condujeron al conserje á una de las puntas de la montaña, y le mostraron á sus compañeros que esperaban una señal para continuar su marcha.

El conserje respondió que la guarnición compraría con el mayor gusto los víveres; mas que era tan temprano, que no se atrevía mandar á avisar al gobernador ni al mayordomo, por temor de incomodarlos; pero que si sus compañeros querían venir, él les abriría la primera puerta, y allí podrían esperar con mas comodidad á que se despertasen.

Esto era lo que deseaban Guillermo Douglas y Simon Frazer: hicieron señas á sus compañeros para

que subieran, los cuales lo hicieron con tal aire de honradez, tan despacio y con tanta calma, que era imposible excitar sospechas. Así que llegaron á la plataforma, se puso el conserje delante de ellos y los llevó al primer pabellon; después, abriéndoles las barreras, les dijo á los fingidos mercaderes que podían sin el menor cuidado descargar allí sus mercancías, pues era muy probable que por el precio que ellos le habían dicho, despachasen hasta el último saco: los fingidos montañeses no dieron lugar á que se lo repitiera dos veces, y echaron los sacos en el suelo entre las dos hojas de la puerta, y así que estuvieron bien seguros de que no sería fácil cerrarla, uno de ellos se aproximó al conserje por detrás con una guma en la mano, y le dió una tan fuerte y profunda puñalada en el corazón, que cayó sin siquiera dar un grito.

Al instante la tropa arrojó sus fingidos vestidos, y mientras que Simon Frazer se hizo de las llaves, Guillermo Douglas hizo sonar fuertemente su trompa.

Esta era la señal convenida: al instante los que estaban emboscados en la antigua abadía oyeron la trompa, cuyo sonido conocían harto bien, y se lanzaron en dirección al castillo con la rapidez del ciervo por entre aquellas montañas.

El centinela, que oyó el ruido de la trompa y vió venir tan rápidamente á los que estaban emboscados, lo conoció todo y empezó á gritar con todas sus fuerzas:

— ¡Traicion! ¡traicion! ¡pronto, señores, pronto y á las armas!

El gobernador y los que estaban dentro se despertaron, y apoderáronse de todas sus armas, corrieron

á la puerta para cerrarla; mas ya era tarde; Simon Frazer tenia las llaves. En aquel momento llegó el resto de la tropa, y entonces fué necesario á los habitantes del castillo defender las puertas de que eran aun dueños, y atacar á las que sus enemigos habian tomado. Allí, en aquel pequeño sitio, estando todos encerrados, era menester que el uno de los partidos sucumbiese; hiciéronse las mayores maravillas de armas, pues los sitiadores, ó por mejor decir los que con aquella vil estratagema sorprendieron el castillo, no encontraron en él un gobernador de juguete, sino un valiente y leal caballero, llamado Gualtero de Limousin, que defendió con la misma ferocidad que un leon, barrera por barrera y puerta por puerta; mas como ya últimamente no quedaban mas que él y sus seis valientes escuderos, se vió en precision de sucumbir.

Los generales del rey David pusieron en su lugar á un bravo y leal escocés, que se llamaba Simon de Vergy; y dejando por guarnicion la tropa que habia tomado el castillo, se volvieron á continuar en sus aventurosas intrigas.

Eduardo, por haber dejado á Flandes, no habia renunciado por esto á la guerra contra Felipe de Valois, ni á la promesa que él habia hecho de ir á acamparse á la vista del campanario de la iglesia de San Dionisio; mas como estamos viendo, la situacion del reino de Inglaterra, que se hallaba estrechado entre los piratas normandos y los partidarios escoceses, era muy apremiante, y por eso el rey volvió á Londres á visitar todo su reino, para con su presencia darle una poca de confianza y enardecer su valor.

Eduardo vacilaba á cuál de sus enemigos de tierra

ó de mar responderia primero, cuando supo los resultados de la aventurada empresa, tan atrevidamente efectuada por Guillermo Douglas.

Desde luego no vaciló en llevar sus primeros socorros á las fronteras de Escocia, cuyas guarniciones queria reforzar, y apenas permaneciera en Londres quince dias para dar sus instrucciones á fin de tener allí una flota de reserva, partió para Appleby y Carlisle, visitó todos los caminos del reino, desde Brampton hasta Newcastle, se llevó consigo á Juan de Neufville que era el gobernador, avanzó hasta Berwick, donde se hallaba Eduardo Balliol, y despues de haberse detenido para discutir con él los intereses de ambos reinos, tomó la ribera del Twed hasta Norham, donde dejó su escolta; despues, tomando solamente por compañero á Juan de Neufville, continuó caminando en pequeñas jornadas, hasta que á la media noche vino á llamar á las puertas del castillo de Warek, antigua morada, situada en medio de una hermosa llanura y rodeada de corpulentos y acopados álamos, los cuales sombreaban mas los góticos contornos de la fortaleza y le daban un aspecto siniestro y fatídico, que chocaba á primera vista.

XXIV

AMOR

Aquí era como recordaran nuestros lectores, donde la bella Alicia de Grafton, despues de haber relevado al conde de Salisbury de su promesa, habia ido tambien á cumplir la suya. Desde que su marido la habia dejado, ella permaneciera en la soledad y el aislamiento de aquel castillo, el cual estaba expuesto á los ataques de los Escoceses; verdad es que era una plaza fuerte, pues tenia una valerosa guarnicion, y su gobernador era el valiente Guillermo de Montaign.

Así es que, desde que supo que habian llegado al castillo dos caballeros pidiendo hospitalidad por aquella sola noche, y alarmado como estaba por la farsa con que tomaron el castillo de Edimburgo, mandó poner la guarnicion sobre las armas, y fué él mismo en persona á reconocerlos: bajó de consiguiente á la poterna, y les preguntó á los recién ve-

nidos cual era el objeto de su venida. Por toda respuesta, Juan de Neufville levantó la celada y se hizo reconocer por Guillermo. En cuanto al caballero que le acompañaba, era, segun decia él, enviado del rey Eduardo, que venia con él visitando las provincias, para ver si todo estaba en buen orden para poderse defender, en caso de ser sorprendidos por los Escoceses.

Guillermo de Montaign los recibió con todas las ceremonias que les eran debidas. y los condujo á la cámara de honor; y como ellos habian pedido prestar sus homenajes á la condesa, los dejó para ir á comunicárselo á su señora.

Apenas salió el gobernador, cuando Eduardo se quitó su casco, porque el haberlo tenido hasta aquel momento, habia sido una exagerada precaucion. Dos años hacia que Eduardo no habia visitado aquella parte de su reino: habiase dejado crecer la barba, los bigotes y su cabellera; de manera que, junto esto con su original y cómico vestido, le hacian irreconocible; por otra parte, habia venido con la sola intencion de volver á ver á la bella Alicia, cuyo amoroso deseo no habia podido amortiguar, ni la guerra, ni la ausencia, y que se habia aumentado á la llegada á la mansion que ella habitara.

Así es que, para ocultar la emocion que se habia apoderado de sus facciones, se habia sentado en una parte de la sala, donde por la poca luz que llegaba, apenas se distinguia su rostro; de modo que cuando Guillermo de Montaign entrara, el rey se hallaba, fuese por azar ó por designio, enteramente oculto á la vista de todos, y por este medio pudo evitar que le conociese el joven gobernador.

En cuanto á Juan de Neufville, como no tenia ningun motivo porque ocultarse, y como ignorara lo que pasaba en el espíritu del rey, se habia arrellanado en un sitial, haciendo honor á un gran cuenco lleno de agua-miel que dos servidores, que habian entrado despues del gobernador, le habian presentado como refrigerio.

— ¡Y bien! dijo Neufville á Guillermo, mientras llenaba y apuraba el vaso; ¿que noticias tenemos, mi jóven gobernador? La condesa de Salisbury nos concede el favor que le pedimos, y al cual nadie tiene mas derecho que nosotros, pues, somos admiradores de su belleza.

— La condesa os agradece vuestra galanteria, señor, respondió friamente Montaigu; mas ella está retirada en su cámara, desde el momento en que recibió las fatales noticias de su esposo, y es tan grande su dolor, que espera de vosotros la excusaréis y me aceptaréis por su representante.

— ¡Y bien! dijo Eduardo, nosotros queremos, si no consolarla en su dolor, al menos compartirla con ella.

Guillermo se estremeció al escuchar aquel acento, y dió maquinalmente un paso hácia Eduardo; despues, deteniéndose repentinamente, le miró con atencion, como si sus miradas pudieran penetrar y distinguir entre las tinieblas.

Montaigu no respondió nada, y el rey reiteró su pregunta.

— Las cartas, exclamó, al fin, Guillermo con alterada voz, contienen la fatal noticia de que el conde de Salisbury ha caido en manos de los Franceses; y

la señora condesa no sabe si el conde estará á estas horas muerto ó vivo.

— ¿Y dónde y cómo ha sido hecho prisionero? exclamó Eduardo, levantándose de pronto y dando á su interrogacion toda la fuerza de un rey.

— Cerca de Lille, monseñor, respondió el gobernador, dando á Eduardo el tratamiento que en aquellos tiempos se daba á los condes, duques y reyes. En el momento en que ellos se dirigian, segun la palabra que habian dado, á socorrer á Santiago de Artevelle, que los esperaba en Tournay, cayeron prisioneros Salisbury y Suffolk, en un sitio llamado Puente-de-hierro.

— ¿Y esa prision no ha traído otras consecuencias? preguntó el rey con inquietud.

— Las que ha traído, respondió friamente Guillermo, es que ha perdido el rey Eduardo uno de sus mas valientes y leales caballeros.

— Sí, sí, es cierto, hablais con toda la sabiduría de un teólogo, mi jóven gobernador, respondió Eduardo con satisfaccion: el rey Eduardo se enfurecerá en cuanto sepa la fatal nueva. Mas la carta dice que el conde es prisionero y no muerto, ¿no es así? ¡Y bien! ¿entonces, creéis vos que esta es una desgracia sin remedio? ¿no sois de mi parecer? ¿no creéis que el rey Eduardo III hará un gran sacrificio por rescatar, al conde de Salisbury?

— Confiada la condesa en eso, iba á mandarle mañana mismo un mensajero al rayar el dia.

— Es inútil que se tome ese trabajo, dijo Eduardo; yo me encargo del mensaje.

— ¿Y quién sois vos, señor, respondió Guillermo, fin de que yo pueda transmitir al reconocimiento de

mi noble tía el nombre del que le va á hacer una acción tan grande?

— Es inútil que os lo diga, repuso Eduardo; mas ahí teneis á M. Juan de Neufville, que merece toda confianza, como gobernador de toda la provincia, y que responderá de mí.

— Está bien, monseñor, respondió Guillermo; voy á tomar las órdenes de la condesa, que está orando en su capilla.

— ¿Podeis, mientras esperamos la respuesta, enviarnos al mensajero que ha traído las cartas? monseñor de Neufville y yo tendríamos una gran satisfacción en saber algunas nuevas de Flandes; y ya que tenemos esta ocasión, nos aprovecharemos de ella.

Guillermo se inclinó afirmativamente, y salió: diez minutos despues entró el mensajero: este era un escudero del conde, que efectivamente llegaba de Flandes aquel mismo día, y habia tomado parte en la escaramuza en que Salisbury y Suffolk habian caído prisioneros.

La partida del rey Eduardo para Inglaterra y la vuelta de Felipe de Valois no habian interrumpido las hostilidades: los condes de Salisbury, de Suffolk, de Northampton y M. Gualtero de Mauny habian quedado, como ya hemos dicho, para sostener la guerra en las ciudades de Flandes; mientras que sir de Beaujeu en Mortagne, el senescal de Carcasona en la ciudad de San Amand, sir de Aimery Poitiers en Douai, M. Gallistador de Beanne, sir Devilliers, el mariscal de Mirepoix y sir Moreuil en la ciudad de Cambray, hacian cada uno una nueva salida, esperando siempre encontrar los destacamentos

ingleses para hacer maravillas de armas. Despues aconteció que un día, con el permiso del rey de Francia, que no habia podido perdonar á su sobrino la ayuda que habia dado á su enemigo, las diferentes guarniciones de Cambresis volvieron á reunirse, y fortaleciendo cada una su contingente, reunieron seiscientas lanzas; despues, poniéndose en camino al anochecer, fueron á incorporarse con los destacamentos de los castillos de Cambresis y de Mau-maison, y se dirigieron á la ciudad de Haspres, que estaba rodeada de fuertes murallas y profundos fosos, aunque sin puertas.

Además, como la guerra aun no se habia declarado entre el Hainaut y la Francia, y como el conde Guillermo, segun decian, habia vuelto á la gracia de su tío, los habitantes no tenian la menor desconfianza; si bien es verdad que los Franceses, cuando entraron, hallaron á todos durmiendo tranquilamente en sus casas: todo fué pues á medida de sus deseos: oro, plata, toda clase de mercancías y joyas fueron el contenido de su botín; así es que no les fué necesario romper una lanza, pues no hubo quien les estorbara poner en salvo su botín; dieron fuego á la ciudad, y el fuego prendió con tal velocidad, que en un segundo ardió todo, excepto las murallas que la circuián; despues cargaron sus carros y se volvieron á Cambray.

Como este suceso tuviera lugar á las nueve de la noche, un correo partiera de la ciudad en el momento que los Franceses entraban en ella, el cual se encaminara á todo escape hácia Valenciennes, donde llegó á eso de al media noche, portador de la noticia al conde Guillermo, que dormia tranquilamente en su

palacio de armas, sin imaginar siquiera que en aquella hora reducian á cenizas una de sus principales ciudades : á la primera palabra que le dijera el posta, saltó de su lecho, y armándose apresurado, mandó despertar á sus gentes, corrió en persona á la plaza del mercado, y dio orden de que se tocasen los tambores y clarines.

A aquella cumbre señal, todos se reunieron, y el conde de Hainaut, seguido de los mas arrojados y valientes, y dejando á los otros la orden de que se le reuniesen, salió de la ciudad con grandes deseos, tanto por su parte como por la de los que le seguian, de encontrar á sus enemigos.

Llegaron á la punta de una empinada montaña, desde la que fácilmente se divisaba todo el país y sus cercanías, desde la cual divisó claramente un nublado de humo, lo que indicaba que la ciudad estaba completamente incendiada ; ya habian andado mas de la mitad del camino, cuando un segundo correo llegó á anunciarles que los Franceses se habian retirado con su botín y sus prisioneros, por lo que era inútil el que continuasen su marcha.

Estas últimas nuevas las habia recibido cerca de la abadía de Fontenelles, donde estaba su señora madre ; de modo que en lugar de volverse á Valenciennes, se dirigió casi ciego, de cólera, á pedir hospitalidad á la abadesa, diciendo que haria pagar muy caro al rey de Francia la ignominiosa traicion é incendio de la ciudad de Haspres, que sin tener ningun motivo habian hecho ; la buena señora hizo todo lo que estaba de su parte para calmar á su hijo y excusar al rey Felipe, que era su hermano ; mas el conde no prestó atencion á las razones de su madre,

por muy buenas y santas que fuesen, y juró que no descansaria su corazon hasta que hubiera hecho á su tio doble estrago del que él acababa de hacerle.

Así es que, apenas el conde Guillermo llegó de vuelta á Valenciennes, pasó pliegos á todos los caballeros y prelados de su país, dándoles punto de reunion para que fuesen á Mons ó á Hainaut el dia que él les designase. Estas noticias llegaron al vuelo á oidos del caballero Juan de Hainaut, que estaba en sus posesiones de Beaumont, y como este era siempre firme partidario del rey Eduardo III de Inglaterra, montó sin pérdida de tiempo á caballo para ir á ofrecer sus servicios á su sobrino, y caminó tan rápidamente, que al dia siguiente del que se puso en marcha llegó á Valenciennes ; donde encontró á su sobrino, en su palacio de la Sala.

Este, al verlo entrar, se adelantó algunos pasos á su tio, y tendiéndole los brazos, le dijo :

— ¡ Ah ! querido tio, ya teneis cumplidos vuestros deseos teneis, encendida la guerra contra los Franceses.

— Noble sobrino, respondió sir de Beaumont, Dios sealo ado ; lo que acabais de decirme me ha colmado de gozo, aunque estoy completamente convencido de que jamás hubierais dado este paso, si el rey Felipe nos hubiera hecho una tan ignominiosa accion ; mas vos, que le habeis prestado tantos servicios, ya podréis conocer el modo que tiene de recompensarlos. Ahora podeis pensar por qué lado entraréis en Francia, y, sin pérdida de tiempo, ponerlos en camino para vengar vuestros ultrajes ; convencido de que, por el lado que vos entreis, os seguiré yo.

— Bien, bien, respondió el conde, lleno de satisfacción: permaneced en vuestras buenas disposiciones, que yo os prometo no tardaremos mucho en entrar en combate.

En efecto, al día siguiente del indicado para la asamblea, todos se hallaron reunidos: M. Tiberio Ginois, abad de Crespi, fué el encargado para la embajada de declarar la guerra al rey Felipe, en nombre del conde Guillermo y de todos los señores barones y caballeros de su país, y mientras que este llegaba al rey Felipe, el conde estaba reuniendo á todos sus soldados, y además á los de Brabante y Flandes, de modo que cuando volviera el enviado; podia contar el conde con diez mil lanzas. Apenas fueron reunidas, cuando, poniéndose á la cabeza de aquel numeroso ejército, se dirigió á la ciudad de Aubanton, que era una de las de mas comercio del reino de Francia.

Por mas diligentes que anduvieron, no pudieron coger desprevenidos á los de la ciudad, porque estos habian desconfiado de los belicosos preparativos del conde Guillermo y su tio mesire de Beaumont. De consiguiente, habian enviado al baillío¹ de Vermandois, pidiéndele algunos socorros; y este les habia enviado al señor de Vervins, al vidame² de Chalons y mesire Juan de La-Bove con trescientas lanzas, poco mas ó menos: los cuales hallaron á la ciudad en muy mal estado de defensa: mas como habian venido con anticipacion, tuvieron lugar de

1. Dignidad principal de la órden de San Juan.

2. Antiguo título de honor que se daba á los grandes de Francia.

profundizar sus fosos y reforzar en algun tanto sus murallas; establecieron una estacada en derredor de los fosos y esperaron tranquilamente á sus adversarios. El viernes siguiente los apercibieron que desembocaban de una floresta, llamada el bosque de Thierache, y que llegados á un cuarto de legua, poco mas ó menos, se pararon sobre una colina que dominaba el espacio, para considerar en el sitio que podian establecer su campamento: hecho el exámen, les fué mas conveniente establecerlo allí, y al rayar el día siguiente se dividieron en tres bandos, uno mandado por el conde Guillermo, otro por sir Juan de Beaumont y otro por el caballero de Fauquemont, y avanzaron á la ciudad.

Los sitiados, por su parte, repartieron sus ballesteros por las murallas, y los demas se colocaron tras las estacadas; despues, aprovechando el momento demoratorio que mediaba aun entre la union de las dos armadas, el vidame de Chalons hizo caballeros á sus tres hijos, que eran tres jóvenes tan hermosos como valientes.